



# EL GRAN CIRCO DESPROLIZO



Helen Velando

Ilustraciones de Gerardo Fernández Santos

loqueleo



Aquel era un hermoso circo. Su carpa rayada tenía colores brillantes, dos torres, muchos banderines llamativos y un gran letrero en la entrada:









Su dueño, el señor Desprolijo, era muy alto y delgado; tenía bigote en forma de manubrio de bicicleta y una barba pequeña y en punta. Siempre vestía un traje marrón y zapatos puntiagudos. Llevaba un monóculo en el ojo izquierdo porque creía que le daba mucha elegancia.

Cuando llegaban a un pueblo, todos salían a recibirlos y esperaban con alegría la noche de la primera función.



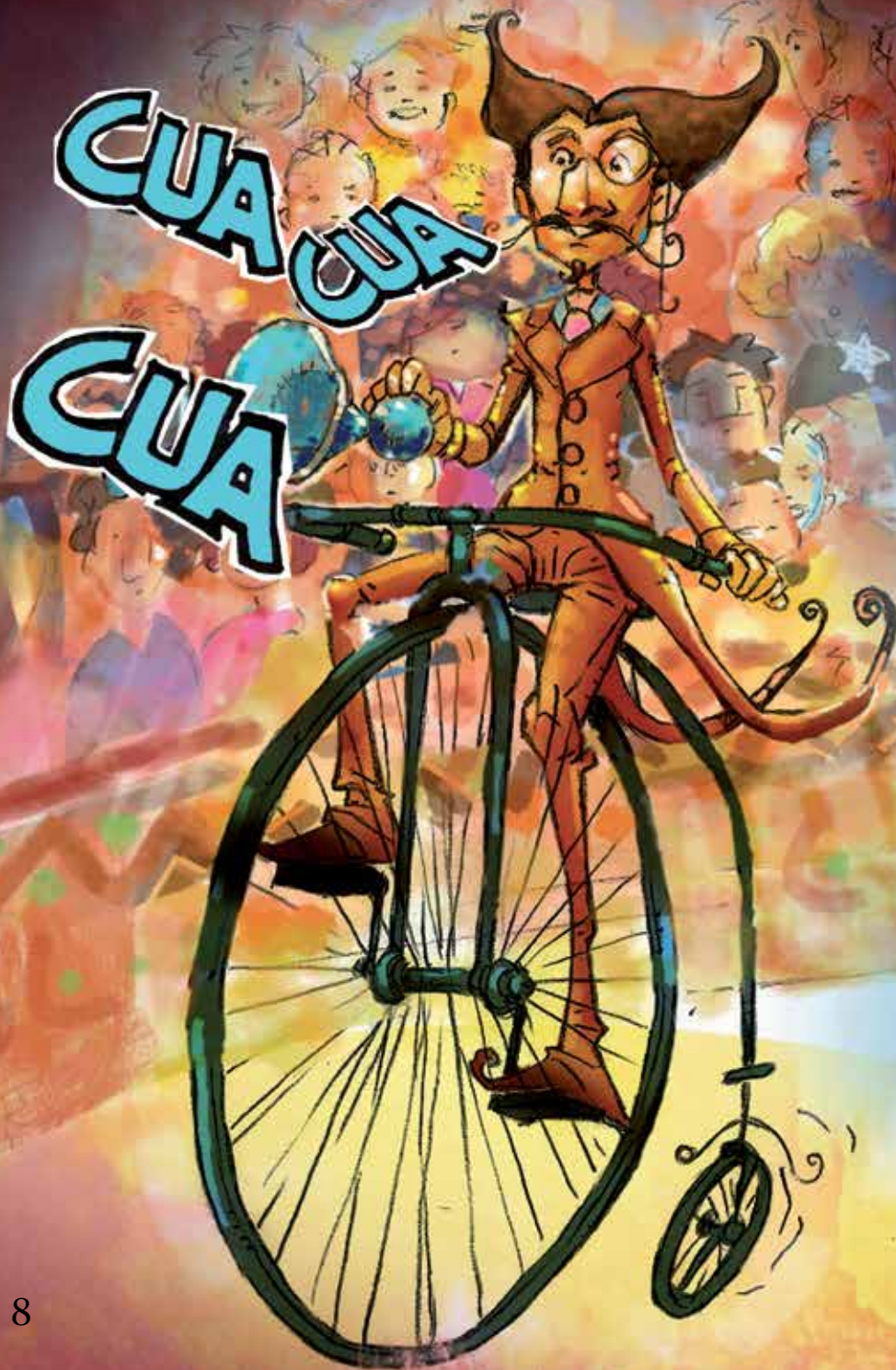






Sin embargo, cuando se apagaban las luces y se iluminaba la pista... empezaban los problemas.

El señor Desprolijo entraba subido en una bicicleta con una enorme rueda delantera y otra muy pequeña atrás, a la que le faltaba aceite y hacía un molesto *cuiqui, cuiqui, cuiqui*. Para colmo, tocaba su bocina, que sonaba *cua, cua, cua* y se parecía mucho a un pato con hipo.



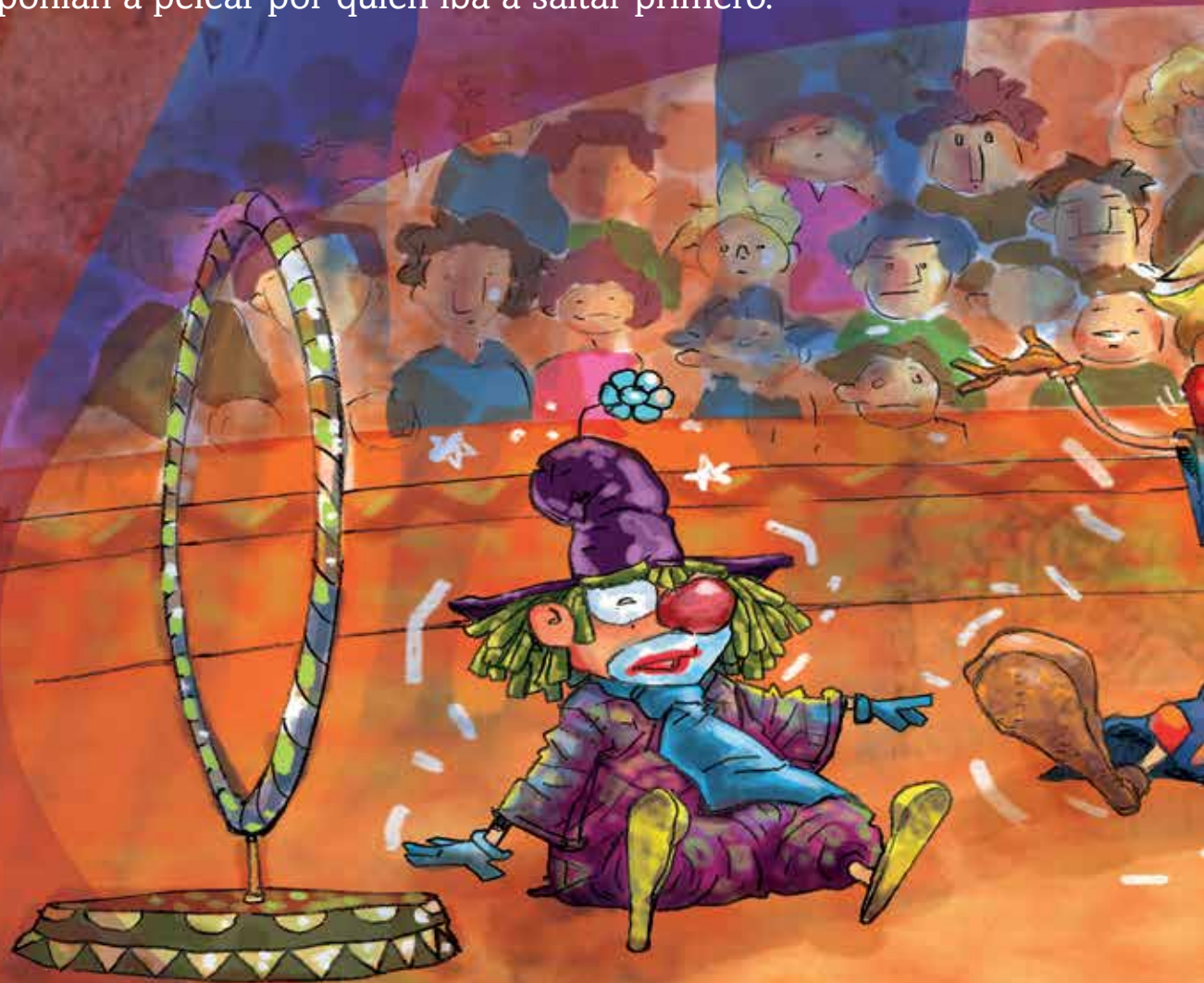


Esto provocaba un bochinche general, que ponía nervioso al dueño del circo y por eso pedaleaba, girando alrededor de la pista sin poder detenerse: *cuiqui, cuiqui, cuiqui, cua, cua, cua, cuiqui, cuiqui, cuiqui, cua, cua, cua, cuiqui, cuiqui, cuiqui, cua, cua, cua...*





Entonces hacían su entrada por los pasillos los tres payasos. Eran muy graciosos, con los pelos parados, las caras pintadas y los zapatos enormes. Causaban la risa de todos los presentes. Se proponían atravesar un aro y caer dentro de un enorme balde con papelitos multicolores. Pero... en cuanto sonaban los redoblantes, los tres payasos se ponían a pelear por quién iba a saltar primero.



–Yo voy primero –decía el de pelo verde.

–De ninguna manera, me toca a mí, que soy el mayor –chillaba el que tenía el sombrero con una flor celeste.



–Mejor paso yo primero, que soy el más flaquito –decía el tercero, asomándose por detrás de su gran moña roja. Al final terminaban chocándose y cayendo sentados en el suelo.



El señor Desprolijo se desesperaba y pedaleaba: *cuiqui, cuiqui, cuiqui*.  
Y tocaba su bocina: *cua, cua, cua*.